

profetas ó hechiceros eran también muy respetados y gozaban de gran influencia, pues si bien las periódicas lluvias del valle del Zambezé les habían hecho abandonar su profesión de hacedores de lluvia, en cambio cada día influían más en la política de esta tribu inquieta, conquistadora y dominante. Los médicos pertenecían, en su mayor parte, á la tribu de los barutses, de la cual salían también los más notables hechiceros.

Sebituane, este gran príncipe de los makololos, descendía de una familia unida por estrechos lazos de parentesco con la que entonces reinaba sobre su tribu. Nacido en las fuentes del Likwa y del Namagari, huyó de aquellos territorios con algunos compañeros de tribu y se dirigió hacia el Norte, cuando en 1824 los suyos fueron derrotados por los griquías de Kurumán. En Melita, opusieron á su paso los bangwakatses, á cuyo caudillo venció Sebituane que se apoderó de su kral y de todos sus bienes, después de lo cual se estableció en Litubaruba, en donde más tarde encontró Livingstone á Setscheli, perdiendo allí tres veces su hacienda á consecuencia de los ataques primero de los blancos y después de los matabeles, para volver luego á reconquistar mucho más de lo que había perdido. Más adelante, atravesó la estepa de Kalahari y conquistó todos los territorios que se extendían alrededor del lago (ó pantano) de Kumadua, y habiendo oído hablar de que al Oeste habitaban los blancos, entró en vivos deseos de ponerse en contacto con ellos, y á este efecto se dirigió hacia el Sudoeste, siendo el resultado de esta expedición perder sus rebaños y regresar completamente pobre. Entonces se encaminó hacia el Norte y, combatiendo y robando sin descanso, llegó hasta el recodo meridional del Zambezé, atravesó este río y por fin encontró en el país de los batokas un territorio abundante en pastos para sus rebaños, que era el objetivo á que tendían él y su pueblo. Vencidos los batokas y conquistado el codiciado país, presentáronse los temidos matabeles mandados por Mosilikatse, pasaron el Zambezé y después de una lucha con varias alternativas fueron derrotados por los makololos. Cuando Livingstone llegó á donde estaba Sebituane, encontróle en el apogeo de su poderío, gracias á una nueva victoria conseguida sobre los matabeles y á la expulsión de los batokas del territorio central del Zambezé. Pero en aquel mismo año (1851) falleció Sebituane á consecuencia de una herida recibida en Melita. «Era indudablemente el mejor príncipe indígena que he encontrado: nunca me había causado tanta pena la muerte de un hombre de color. Era imposible no seguirle con el pensamiento por el mundo al cual perteneció antes de ser llamado y no experimentar algo de los sentimientos de aquellos que oran por los muertos.» Sebituane — que en la época en que Livingstone llegó á su país era un hombre alto, robusto, de 45 años, de color aceitunado ó de café con leche y algo calvo — unía, cosa difícil de encontrar entre los caudillos de estos pueblos, á un valor guerrero y á un espíritu emprendedor un juicio desapasionado y tranquilo y sentimientos verdaderamente humanitarios. Su continente era reposado y atento y su lenguaje franco. Al revés de lo que hacían los famosos conquistadores Mosilikatse y Dingan, conducía en persona á sus gentes y mataba con su propia destal á los cobardes que huían; y al propio tiempo poseía como nadie el don ó el arte de conquistarse el afecto de sus súbditos ó de los extranjeros que se le presentaban con buenas intenciones. Era afable y magnánimo, así es que con frecuencia se oía exclamar á los indígenas y á los extranjeros: «¡Es sabio, tiene corazón!» Esto le permitía enterarse de todo cuanto pasaba fuera y dentro de los suyos y le servía de mucho para combatir á sus enemigos y tener sujeta á su gente.

Mucho tiempo antes de morir, había Sebituane designado para sucederle á una de sus hijas, Mamotschisane, con lo cual quiso probablemente imitar la costumbre de algunas tribus negras del Norte que acataban por soberanas á las mujeres. Entre los betschuanos está tan arraigada la idea de que el hombre es el amo de la mujer, que á Sebituane le pareció imposible dar á su hija un marido insignificante á cuyo lado pudiese ella conservar toda su autoridad real; por esto la decía que podía escoger y tomar cuantos hombres gustase, pero sin conservar ninguno, creyendo que con los hombres de su pueblo podría aquélla hacer lo que él hacía con sus mujeres. Esos hombres, empero, tenían á su vez sus mujeres y como según un refrán betschuano, «la lengua de mujer es ingobernable», la princesa fué objeto de malignas murmuraciones: al hombre á quien ella elegía se le llamaba en seguida su mujer y los hijos de esta unión eran denominados «hijos de la mujer de Mamotschisane». Mamotschisane parecía disgustada por estas expresiones y prefería una vida pacífica de familia al esplendor demasiado vivo de la dignidad de caudillo; así que muy pronto los mandatos de su padre no la hicieron mella alguna. A la muerte de aquél declaró que no gobernaría á su pueblo mientras hubiera en éste un hermano suyo, siendo en su consecuencia elegido caudillo de los makololos Sekeletu, joven de diez y ocho años que, según Livingstone, no se parecía á su padre ni por su figura ni por sus dotes intelectuales. Sekeletu, para considerarse seguro en este puesto elevado, pero sumamente peligroso, hubo de anular á un rival, Mpepe, hijo de una familia muy influyente y emparentada con la familia reinante, el cual sostenía que Sekeletu no podía ser el sucesor del trono porque era hijo de Sebituane y de una mujer que antes había estado casada con otro hombre. De público se decía que Mpepe había atentado contra la vida de Sebituane, para lo cual había construido una cabaña de hechicero en la que varios médicos barutses se dedicaban á buscar hechizos que acabaran con Sebituane. Este había dicho, poco antes de su muerte, á su hijo Sekeletu: «Esta cabaña es funesta para mí ó para tí». Así al ocurrir su prematura muerte, nadie puso en duda que los hechiceros de Mpepe le habían quitado el alma. Por esto uno de los primeros actos del gobierno de Sekeletu fué hacer inofensivo á su rival. Livingstone, que fué testigo de este acto de política enérgica y poco escrupulosa, nos ha hecho una interesante descripción del mismo: cuando Sekeletu acompañó, en 1853, á Livingstone en un viaje que éste hizo remontando el Tschobe, encontraron á Mpepe que se preparaba para atacar á aquél; pero descubierto su designio, fracasó el plan. Poco tiempo después, volvieron á encontrarse en una aldea, en donde Mpepe proyectó un ataque homicida contra Sekeletu, ataque que hubo de fracasar gracias á que Livingstone se interpuso oportunamente entre los dos. Cuando por la noche Mpepe estaba sentado junto al fuego, se le aproximó uno de los acompañantes de Sekeletu con un puñado de rapé y habiéndole dicho Mpepe *Nsepisa* (déjame tomar rapé), tendióle aquél la mano, mientras con la otra se apoderaba de la mano de éste; lo propio hizo otro conjurado que estaba preparado al otro lado, y así se lo llevaron fuera de la aldea, en donde lo acribillaron á lanzadas. Todo esto sucedió tan rápida y silenciosamente que Livingstone, que dormía á pocos pasos de aquel sitio, no oyó ruido alguno. Mpepe, como buen makololo, demostró gran sangre fría durante toda la escena, diciendo á uno de los dos hombres que le apretaba demasiado la muñeca: «Sujétame menos fuerte si puedes; pronto te llevarán á tí de la misma manera». Los amigos de Mpepe, al tener noticia de la muerte de su jefe, huyeron al país de los barutses, pu-

diendo Sekeletu ver realizado por algunos años su deseo de dormir tranquilo. Pronto, empero, le acometió una enfermedad muy parecida á la lepra; de suerte que cuando Livingstone regresó de la costa occidental hacia el bajo Zambezé, habíase debilitado con la fuerza del caudillo el vigor de su pueblo, estallando muy luego luchas entre los mismos makololos. La fiebre malaria había en el entretanto diezmando las fuerzas de aquel pueblo conquistador; en vista de lo cual los barutses no vacilaron en aprovechar aquella circunstancia propicia, logrando, después de una rebelión sangrienta, sacudir el yugo de sus dominadores. De todos los makololos que vivían entre el Tschobe y el Zambezé, sólo sobrevivieron dos hombres y un niño. Peor suerte todavía sufrieron los 2,000 hombres de la tribu makolola que habitaba al Sud de Tschobe, que quisieron refugiarse entre los bamangwatos occidentales, con los cuales tenían afinidad: el rey de éstos, Letschulatebe, fingió alegrarse mucho de su llegada y les invitó á que con toda confianza, es decir desarmados, fueran á su kotla; mas apenas estuvieron todos en ella, mandó cerrar las puertas y asesinar á todos los makololos; hecho lo cual los «vencedores» se apoderaron de las mujeres y de los niños de los asesinados. Desde entonces, en vez de la dinastía de Sebituane, reinó el príncipe barutse Sepopo, á quien más tarde tocó en herencia el país mabunda, situado al Norte, formándose de esta suerte al Norte del Zambezé un nuevo é importante estado, el reino marutse-mambunda.

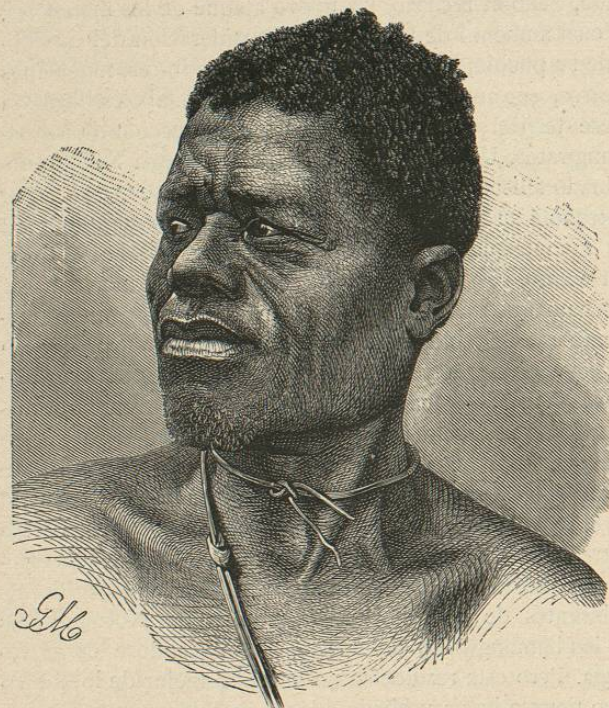
En 1830 ó 1840, emigraron también á la región del lago Ngami los ya citados bamangwatos, que tienen importancia en el curso de la moderna historia de los betschuanos, bien que en otro sentido que los makololos. Su primitiva residencia estaba emplazada al Sudeste de esos territorios, en el límite septentrional del país betschuano, cerca de las «calderas de salina» del Ngami, en donde Chapman pudo ver algunos de sus puestos de bebidas. Su capital estaba situada al Norte del río Shua que se desborda en esos grandes receptáculos de agua situados entre Kalahari y el Zambezé. Su soberanía se extendió, durante el mando del poderoso caudillo Matebe, probablemente hasta el lago, pero á consecuencia de las luchas que estallaron entre sus dos hijos, la mitad de la tribu, que tomó el nombre de batoana (*batawana*) se dirigió á las órdenes de Toneana hacia el extremo oriental del Ngami, fundando en la desembocadura del Botletie su capital, que en los mapas vemos designada primero con el nombre de ciudad batoana y después con el de ciudad de Letschulatebe. De los dos hijos de Toneana, el uno fué derrotado y muerto por los makololos y el otro, Letschulatebe, fué hecho prisionero y puesto en libertad por su tío Magalakoe que, gracias á un disfraz, se introdujo entre los makololos, y pudo educar á su sobrino y restituirlo á su pueblo sobre el cual, lo propio que sobre los bayeyes y bosquimanos sojuzgados, reinaba con el título de «príncipe del lago» cuando llegaron al Ngami los primeros europeos. El joven caudillo en un principio honró y respetó á su tío como salvador y como segundo padre, pero luego se volvió suspicaz y deseó librarse de él. Por su mujer favorita, que era hija de Setscheli, conservó Letschulatebe la unión con los betschuanos del Sud, mientras estaba en relaciones tirantes con los makololos, sus compatriotas del Norte. La rama de los bamangwatos del Este que, á las órdenes del hermano menor, Kama, se había quedado en sus antiguas residencias, permaneció agrupada alrededor de la capital que, con el nombre de ciudad de Sekomi, está situada á los pies de los montes Bamangwatos y constituye el centro de población más numeroso de aquellas comarcas: su príncipe Sekomi ó Sekomo era considerado en 1850 co-

mo el primer caudillo de toda la tribu, sin que á pesar de esto le fuese dado ejercer influencia alguna sobre los batoanas del Ngami: como el camino que desde el Sud se dirigía al lago atravesaba su territorio, se le designó también con el nombre de señor del país del lago. Una victoria conseguida sobre los makololos y otra sobre una horda de matabeles enviada por Mosilikatse, le habían conquistado honra y consideración: de esta suerte pudieron él y su pueblo disfrutar de algunos años de paz, durante los cuales su nueva capital, Schoschong, tomó gran vuelo, llegando á ser la más poblada y la de más tráfico de todas las ciudades indígenas del Sud del Zambezé. Cuando la visitó Chapman, á principios de 1850, calculó que su población se componía de 12 á 15,000 habitantes y Holub le atribuye posteriormente 30,000. Ya veremos cómo disminuyó después. En 1862, Sekomi rechazó un nuevo ataque de los matabeles, lo cual aumentó de tal suerte la consideración del caudillo y de su pueblo, que los makalakas, bahurutes, mapalengs y otros, que antes eran súbditos de los matabeles, llegaron á ese territorio para ponerse bajo la protección de los bamangwatos. Unos años antes, en 1859, había Sekomi dominado felizmente una rebelión por la cual se quería elevar al trono á su hermanastro Matscheng y rechazado en 1864 un ataque que Setscheli dirigió contra Schoschong. En el entretanto, habíanle nacido con sus hijos cristianos, Khama y Khamame, nuevos enemigos, cuyo poderío, cada día creciente en el pueblo, procuró abatir atentando contra la vida de estos príncipes y de sus partidarios. El resultado fué que Sekomi fué destronado, siendo proclamado caudillo Matscheng, el cual fué también derribado, ocupando su puesto Khama. Pero habiendo éste sido suficientemente bueno para llamar á su lado á su padre, no renació la tranquilidad en el país bamangwato, pues Setscheli fomentó la discordia entre Khama y Khamame, habiendo de tal suerte conseguido su intento que el primero, con la mayor parte de los habitantes de Schoschong, emigró hacia el Norte, al país de los bamangwatos del Oeste, estableciéndose en el río Zuga. Pero esta residencia no le probó mejor de lo que en otro tiempo había probado á los makololos que se habían encaminado al Zambezé: las fiebres diezmaron su pueblo, hasta que en 1874 regresó con el resto de éste á Schoschong, que conquistó, obligando á Sekomi á refugiarse al país de Setscheli. Cuando en 1875-76 Holub visitó esos territorios, la mayor parte de la población se había unido al cristiano Khama, el cual restableció el orden y la seguridad, logrando ver triplicada la población de Schoschong, á lo cual contribuyó no poco la prohibición de la venta de aguardiente.

Los bakwenas (nombre derivado del viajero inglés Bakwains que otros escriben bawenias) son una tribu betschuana que emigró más hacia el Norte y cuyo territorio, situado al Sud de los bamangwatos, se extiende hasta el país de los bangwaketse, emplazado más hacia el Sud, con los cuales se juntaron, formando, desde hace unas dos generaciones escasas, una sola tribu. Su príncipe Setscheli, que tan principal papel desempeñó en los modestos comienzos de Livingstone, residía en 1840 en Kolobeng, de donde fué arrojado por los boers: á consecuencia de esto, se marchó á Liteyane y de aquí á Molopole, que todavía es hoy la capital de la tribu. También ésta se vió diezmada por guerras civiles y exteriores, de suerte que los recientes exploradores calculaban que á mediados de 1870 su población se componía de 32 á 35,000 individuos, genuinamente pertenecientes á ella, y de 18 ó 20,000 semi-extranjeros que habitaban en aquel país, tales como los batlokas, los baklatas y los makosis. Setscheli fué en su juventud cristiano, mas pronto com-

prendió que una tendencia demasiado exclusivista hacia las nuevas creencias le perjudicaba en lo concerniente á las rentas provenientes de aquellas instituciones paganas (hechizos para la lluvia y otras), cuya práctica era, por tradición, de incumbencia del rey. Setscheli asistía á la iglesia é hizo bautizar á sus hijos, pero siguió siendo sumo sacerdote de sus bakwenas, paganos en su gran mayoría. La presencia de misioneros y comerciantes ingleses hizo por lo menos que Setscheli se familiarizara con las ventajas materiales de la civilización por la cuenta que le tenían. Así por ejemplo, se hizo construir y amueblar por su comerciante Taylor una casa á la europea, que le costó 3,000 libras esterlinas pagadas en bueyes y plumas de avestruz.

Parece que la naturaleza dócil y acomodaticia de los betschuanos es más á propósito para utilizar las ventajas de la



Un damara montañés (de una fotografía que posee el Sr. Dr. Fabri, en Barmen)

civilización que la de los cafres del Este, por ejemplo, los cuales son mejores guardadores de su propio país. Otras tribus distintas de las de los basutos y bamangwatos supieron explotar en este sentido el contacto con los blancos que no eran bastante fuertes para rechazar. Los batlapis nos ofrecen un ejemplo de la estrecha relación que existe entre la cultura general y la condición material de estos pueblos y aun de todos. En ninguna tribu cafre han conseguido las misiones tan grandes éxitos. Cuando fué descubierta esa tribu, sus individuos constituían un pueblo insignificante y sucio, pero la proximidad de la colonia les permitió dedicarse al comercio y como la influencia de los misioneros les preservaba de la guerra, se encontraron en condiciones de poder juntar un gran número de reses. Con ello desgraciadamente aumentó su soberbia y desde entonces algunos choques con los boers debilitaron nuevamente á ese pueblecito.

Al cuadro de la historia betschuana, tal como se nos presenta en el pequeño período en que podemos examinarla, pertenecen, además de las tribus florecientes y de las completamente destruídas, las diseminadas que ó vagan errantes sin patria ó tienen sus residencias en las cimas de las montañas ó en los pantanos.

Los bakalaharis son, en general, los betschuanos del Oeste, pero se acostumbra á designar con aquel nombre á aquella parte de los bakwenas y de otras tribus betschuanas que está diseminada por la estepa y que á pesar de haberse mezclado con los bosquimanos allí indígenas, ha conservado tenazmente las cualidades y afinidades de tribu. Livingstone dice: «Habitando en la misma estepa que los bosquimanos, sometidos á las mismas influencias climatológicas, sufriendo las mismas miserias, reducidos desde hace siglos al mismo alimento, los bakalaharis parecen ofrecer una prueba poderosa de que no siempre las circunstancias de lugar bastan para explicar las diferencias de razas. Los bakalaharis profesan con la misma energía que todos los betschuanos la predilección por la agricultura y por los animales domésticos: todos los años cavan sus huertos, por más que su cosecha se reduzca á algunas calabazas y melones, y cuidan y crían con esmero pequeños rebaños de cabras, aun cuando á menudo, como yo mismo he visto, tengan que sacar el agua potable de pequeñas fuentes por medio de cáscaras de huevo de avestruz que hacen las veces de cucharas.» Los bakalaharis han conservado sus relaciones con las tribus betschuanas que habitan al lado del desierto y se mantienen aferrados á la especie de clientela en que viven respecto de los caudillos de éstas.

Mejor ejemplo todavía nos ofrecen los bahurutses que viven junto al Botleti y al lago Kumadua, un poco hacia el Sudeste del Ngami. Antiguamente habitaban más hacia el Oeste, en el Mariqua, y constituían una de las más poderosas tribus de esa comarca, pero luego, á consecuencia de algunas disensiones intestinas, se dividió en varias ramas que se combatieron continuamente, hasta que Mosilikatse se lanzó sobre ellas y las diseminó. En su consecuencia, una tribu se dirigió hacia el río Schuschi, en donde se subdividió nuevamente dirigiéndose una rama de la misma hacia el río Botleti: ésta, en tiempo de Chapman, se encontraba bajo la soberanía de los bamangwatos, á quienes pagaba tributo, y gracias á la defensa que la proporcionaban los pantanos y los lagos que la rodeaban, recuperó su antigua fuerza, mezclándose y confundándose con los botletis allí residentes. Merced á la protección del caudillo Tschapo, fundáronse aldeas enteras de fugitivos makalakas, bakalaharis y bosquimanos: «cada día había un nuevo crecimiento» (Chapman). Esa tribu poseía un país fértil y grandes rebaños de ovejas y de cabras y apenas abandonaba sus pantanos que, afortunadamente para ella, eran punto menos que inaccesibles para los extranjeros.

CAPITULO XI.

EL PAÍS DE LOS DESIERTOS Y DE LAS ESTEPAS DEL SUD DE AFRICA

(Que más bien une que separa á los pueblos.)

Desierto de Kalahari. — País de los damaras. — Escasez de agua. — Clima. — Flora. — Fauna. — Lago Ngami. — Lago Kumadua. — Transición á la flora y á la fauna tropicales.

Al Norte del río Orange ó Gariép y al Sud del lago Ngami, es decir entre los 28° y los 20° de latitud Sud, extiéndese, desde las montañas que rodean las fuentes del Limpopo hasta el mar Atlántico, una comarca de estepas, pobre en aguas, cuyas partes central y oriental se reconocen con el nombre de desierto de Kalahari, al paso que la occidental, es decir la situada hacia la costa, toma el nombre de país de los grandes namaquías y país de los damaras. Este país, aunque pobre en aguas, no es propiamente un desierto, sino que disfruta de un período de lluvias veraniegas,

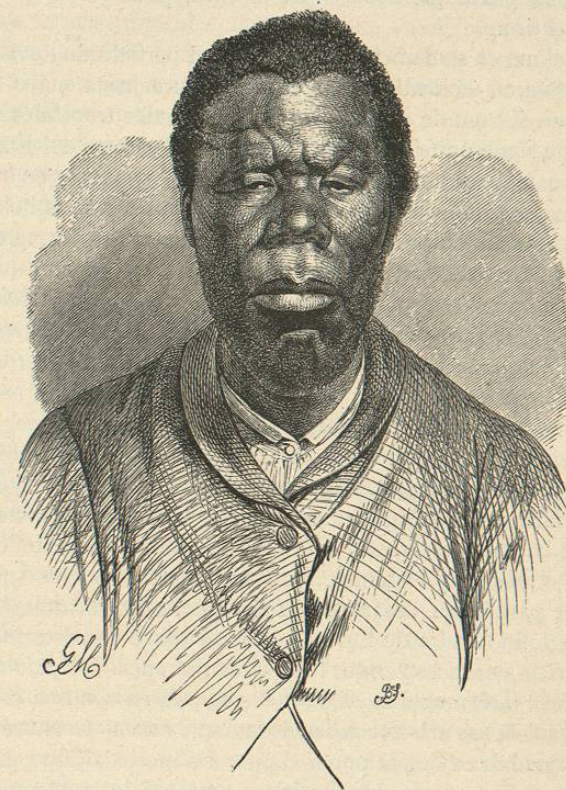
que se reproduce con bastante regularidad por más que se manifieste con poca abundancia y en forma de tempestades: á consecuencia de esto, posee algunos lechos de ríos que en determinadas épocas se colman y un mayor número de manantiales y pantanos como también de «agujeros chupadores,» en apariencia secos, de cuyas húmedas arenas saben los bosquimanos chupar por medio de cañas una cantidad de agua suficiente para muchas personas. Todo el territorio, al igual que el país del Cabo propiamente dicho, es muy elevado (por término medio 1,200 metros) y desciende insensiblemente al Norte hacia el lago Ngami y hasta los pantanos salinos situados á más bajo nivel que éstos. La parte más árida de este desierto es la situada al Sud del trópico, en donde á la sequedad de la atmósfera se une un clima excesivamente rígoroso, propenso á la crudeza y en donde aparecen las circunstancias más desfavorables para la vegetación. Por lo demás, ni aun en este punto es el Kalahari una llanura uniforme y mucho menos una llanura de arena, pues á menudo aparecen peñascos y en los puntos más bajos se encuentra un suelo limoso con una delgada capa de humus. Aisladamente aparecen las crestas de arena procedentes de las dunas que, colocadas una detrás de otra en largas filas, á menudo paralelas, hacen que una parte del Kalahari «se parezca á las olas del mar.» Hacia el Norte encontramos algunos grandes árboles ó por lo menos una vegetación más frondosa.

El país de los damaras forma, hablando en general, la mitad septentrional de las estepas del Sud de Africa que, entre el Orange y el Cunene, avanzan hacia el Atlántico. Su extensión superficial puede calcularse en 5,000 millas cuadradas, y se compone de una costa árida, formada en la mayor parte de sus puntos por dunas, detrás de las cuales aparecen peñascos, tales como las encontramos en vasta extensión en la costa occidental del Sud de Africa, formando una cordillera de 400 millas alemanas. Una vez salvada esta playa inhospitalaria, que aun en los puntos más favorables hace muy difícil penetrar desde la costa hasta el interior, se llega á una meseta que gradualmente se va elevando hacia el Este y que tiene una anchura media de 16 millas alemanas: esta meseta es el desierto de Naarib. «Ningún árbol, ningún arbusto, dice Josaphat Hahn, ningún tallo de hierba se encuentra en una extensión de varias millas que pueda recrear la vista del viajero: nada más que grandes y pequeños bloques de granito, de formas y colores distintos, se ofrecen á las miradas del que con ansia busca, aunque en vano, algún objeto que le atraiga. Algunas grandes y aisladas moles de granito, aquí y allí esparcidas, semejan sepulcros y ruinas de un tiempo pasado, asentadas sobre aquellas colinas parecidas á las olas del mar, desnudas y blanco-rojizas, cual si alguien las hubiera subido á ellas y colocado simétricamente.» Hacia el Norte, este aspecto de desierto se suaviza formando una meseta en forma de colina y abundante en pastos, de 600 á 1,200 metros de altura, llamada Kaoko, que es el territorio más favorable para los damaras poseedores de rebaños. En el límite oriental de esta región, una de aquellas partes del país de estepas del Sud de Africa que más merecen el nombre de desiertos, álzase una comarca montañosa, en la cual varios largos valles y profundas gargantas separan entre sí algunas mesetas cubiertas de verdura, largas crestas de montañas y algunos picos. Aquí predomina el granito, cuyos colosales peñascos se amontonan á menudo unos sobre otros dejando entre sí cavernas para las fieras. Esta comarca montañosa, sin embargo, sólo ocupa, á lo sumo, la quinta parte del país, extendiéndose al Este de la misma otra elevada y árida meseta, desde la cual algunos

TOMO I

lechos de ríos completamente secos conducen hacia el Ngami y sus afluentes y por el otro lado hacia el mar Atlántico. En esta meseta, cuyo suelo está formado principalmente de piedra arenisca y caliza, levántanse pequeñas y achatadas colinas, parecidas á la montaña Tabla del Cabo, que están cortadas perpendicularmente y á menudo rodeadas de peñascos, que recuerdan artísticas murallas, constituyendo fortalezas naturales, que muchas veces han sido utilizadas como á tales, en aquel país con tanta frecuencia manchado de sangre.

El agua es la cuestión vital de este país, siendo para éste una gran calamidad la extraordinaria escasez de este elemento de vida: no hay en él ningún río constante y sí únicamente algunos arroyos que durante la mayor parte del año están secos. Causa risa oír llamar al Swachaup, que



Un caudillo de los bandjeris (de una fotografía que posee el señor Dr. Fabri, en Barmen)

desemboca algo al Norte de la bahía de la Ballena, «la vena del país,» pues es una vena seca en su mayor parte. Aquellos arroyos llevan, sin embargo, agua: situados en terrenos sumamente bajos y cerrados por altas paredes, son frescos y sombríos y por ende más ricos en plantas que las caldeadas llanuras, siendo los mejores y aun los únicos caminos del interior. El lecho del río, liso como una llanura, está cubierto parte de arena, parte de casquijo y parte de enredaderas, melones silvestres y hasta de musgo. A veces, se encuentra un pequeño estanque ó un arroyo, cuya agua fresca va á morir brevemente en la arena. «¡Qué admirable contraste—dice Hahn—el que existe entre la comarca que se extiende á algunos centenares de pies de altura á ambos lados del río! El que de aquellos ardientes y áridos desiertos desciende á este valle fresco y agradable, puede en el primer momento creerse protagonista de un cuento de hadas.» No tan á menudo como sería de desear hállase este idilio interrumpido por algunas corrientes agitadas y atronadoras, que con frecuencia adquieren prontamente tal rapidez, que muchas veces han sido por ellas arrastrados los viajeros que creyeron sentarse junto á un